

Crisis y política de los vínculos

Territorio, trabajo y alimentos¹

Ángel Calle Collado

En este artículo me propongo reflexionar sobre algunas cuestiones en torno a lo que se está llamando “crisis financiera” y a los debates sobre consecuencias y remedios. ¿De qué “crisis” estamos hablando? ¿Es posible que yo pueda fugarme política o socialmente de la misma? ¿Qué escenarios pueden entrecruzarse como respuesta, tanto en el Norte (epicentro de esta crisis) como en el Sur (conectados de forma subordinada al centro)? ¿Hay alternativas? ¿Necesitamos nuevas coordenadas políticas para poder explorarlas?

¿Qué “crisis”?

Si por crisis entendemos los “problemas” de especuladores y bancos para mantener los incrementos anuales de sus beneficios por encima del 25%, ciertamente, “están en crisis”. Con todo, las cinco grandes entidades financieras de este país “sólo” ganaron 15.350 millones de euros hasta septiembre 2008 (41.000 millones de euros las compañías que operan en el Ibex 35 de enero a septiembre); y Botín aseguraba en plena “crisis” que cuenta con un incremento del 10% en sus beneficios para el año que viene. Además, el gobierno español apoyará a estas entidades (comprando activos, ofreciéndose de aval) con más de 150.000 millones de euros².

Estamos hablando de cantidades que, sumadas, bastarían para que ocho millones de trabajadores recuperaran el poder adquisitivo perdido en los últimos años; se triplicara la ayuda mundial oficial al desarrollo (sin que esta supusiera un aumento de la deuda externa); o, directamente, la desnutrición infantil o el acceso a agua potable dejaran de ser una lacra de este mundo.

Efectivamente, los de abajo “hemos entrado” en esta crisis. Entre los sectores productivos más afectados por el paro estarán las vacas sagradas de la burbuja consumista, como son la construcción o el automóvil. Y mientras un 10% de la población española ha hecho ganancias sustanciosas en el mercado bursátil e inmobiliario, la crisis se cebará en los sectores más precarios y desprotegidos: inmigrantes, trabajadores con sueldos por debajo del salario mínimo interprofesional, empleados en subcontratas de grandes corporaciones y empresas de trabajo temporal que garantizan una notable rotación en los puestos de trabajo. Un perfil de riesgo que se hace más pronunciado o especialmente relevante entre jóvenes y mujeres, en los sectores productivos en crisis (construcción, automoción), en regiones de menor renta y más precariedad como Andalucía, Extremadura, Canarias o los cinturones de Madrid³. Un descontento que se extiende desde abajo pero que, por el momento, no encuentra su salida en organizaciones sociales de viejo o nuevo cuño (sean grandes sindicatos o incipientes plataformas anti-crisis).

Pero no ha “entrado en crisis” el sistema financiero, no si lo entendemos como pilar de un sistema que, vampirizando la economía real y las economías de los de abajo, busca constantemente legitimar mayores ritmos de acumulación y de desigualdad social para beneficio de los de arriba. Es

1 Borrador del Artículo preparado para los Materiales de Reflexión producidos desde CGT; ver www.cgt.org.es/spip.php?article400

2 Cantidad que llegaría al medio billón de euros si se contabilizan rebajas fiscales y el llamado presupuesto anti-crisis. Ver artículo de Ramón Fernández Durán, Luis González Reyes y Luis Rico García-Amado, *Crisis Global*, Materiales de Reflexión n.62, Ateneo Confederal Rojo y Negro, disponible en www.cgt.es

3 Para un análisis de la situación de estos sectores sociales inmediatamente antes del estallido de la burbuja financiera con base en las hipotecas basura, consultar el *Barómetro Social de España. Análisis del periodo 1994 – 2006*, Traficantes de Sueños/CIP-Fuhem, elaborado por el colectivo IOÉ, 2008.

más, la “crisis” es la coartada perfecta para crear situaciones de miedo que justifiquen estas enormes transferencias de capital, pues en realidad como declaran élites del PSOE o el presidente de los Estados Unidos, se apellide Obama o Bush, esto se hace por “las familias”, “por el bien de los ciudadanos”. La crisis es, entre otras cosas, un *espectáculo* (Guy Debord), un circo de cifras y aparentes buenas intenciones, que se sostiene sobre la realidad de hogares que habrán de soportar las fracturas y las facturas de un capitalismo que olfatea en cada *shock* (Naomi Klein) una oportunidad de relegitimar la *barbarie* (Castoriadis). La crisis permite crear un escenario de miedo multicolor. No es un pánico gris pues presenta texturas locales, matices según los sectores involucrados, y sobre todo, proclamas de que la luz volverá a reinar. La crisis intenta mediatizar aún más las relaciones sociales a través de los actores causantes del problema: los bancos lo resolverán con ayuda de los fondos públicos y el control del Estado. El conservador lema de “morir, matando”. El capitalismo basura es no productivo (90% del dinero que se mueve nada tiene que ver con flujos comerciales) e insostenible tanto social (descontento in crescendo) como medioambientalmente (necesitaríamos otros tres planetas para mantener el consumo del 20% más rico). Se diría que el espectáculo emerge para cegar con sus crepúsculos.

No podemos afirmar tampoco que “hayamos entrado” ahora en esta crisis. Estamos en una vuelta de tuerca más. Y si miramos a los países empobrecidos, desde los 80 nos encontramos con *las revueltas del pan*, protestas frente a los ajustes estructurales del Fondo Monetario Internacional que ocasionaban subidas indiscriminadas de productos básicos. Tendrían estas crisis su correlato, y su explosión crecientemente especulativa, en el reguero mundial de crisis financieras: mexicana en 1994; asiática en 1997; rusa en 1998; brasileña en 1999; turca en 2000; argentina en 2001, etc. Y culminarían recientemente con la fusión de ambos tornados, cuando los fondos especulativos entran en los mercados alimentarios y generan un desabastecimiento que tuvo importantes brotes de protesta en el llamado Sur⁴. Estos brotes de rebeldía, ausentes en nuestros telediarios en muchos casos, darían lugar posteriormente a nuevas realidades políticas (el giro social de gobiernos latinoamericanos) o sociales (la creciente rebeldía de campesinos y pequeños agricultores). De muchas maneras, el espectáculo no es total. Está en continua pugna con las realidades, con la explosión de descontentos, con la acumulación de demandas sectoriales, con la coordinación de nuevos referentes de acción. Intenta legitimarse a través de sus consecuencias. Trasladar, o mejor dicho conformar, a una opinión pública la idea de que el paro que se avecina o las crisis alimentarias son hijos bastardos, no deseados, del capitalismo y que, en el futuro, no volverán a sentarse en nuestras mesas.

Sin embargo estos hijos son persistentes. Llamarán una y otra vez a la puerta, pues hablamos de una crisis más amplia. Una crisis de civilización, en tanto que las bases morales, económicas, políticas y culturales que sigue propugnando Occidente, en especial los sectores liberales y financieros, no son sostenibles ya, ni siquiera desde un punto de vista energético⁵. Construimos, o construyeron, imperios militares, políticos o alimentarios a golpe de energía fósil fácilmente transportable y altamente rentable, en tanto que no se internalizaron costes medioambientales y estuvo disponible en franjas terrestres accesibles. Pero hoy en día ni las energías *renovables* son (por sí mismas) *alternativas*, en la medida en que no pueden sostener las demandas crecientes de materiales y de energía, por un lado; y por otro lado, cualquier proceso de transición hacia otros sistemas de transporte, para garantizar el modelo y el ritmo actual de consumo, precisaría de una energía barata y transportable que hoy ya no tenemos, pues el gas natural y el petróleo llegan a su fin, y entraremos en períodos de escasez mundial. Se puede afirmar efectivamente, que *se acabó la*

4 Ver distintos análisis en Introducción a la Crisis Alimentaria global, elaborado, entre otros, por el Observatorio Deuda en la Globalización, www.odg.cat, y Grain, www.grain.org. En internet, también disponible el número 80 de Diagonal a propósito de la crisis agroalimentaria (www.diagonalperiodico.net).

5 *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, de Ramón Fernández Durán, publicado por Virus y Ecologistas en Acción, 2008, disponible en internet.

*fiesta*⁶.

Se agota, así mismo, la credibilidad que daba alas a la llamada “globalización”, bastante desigual y poco global. Las sucesivas crisis financieras y alimentarias ponen sus peros al *cuanto más grande mejor*⁷. Hemos podido comprobar “más arriba” no es sinónimo de “más eficiente”. Cuanto más “globalizado” puede estar menos al servicio de la humanidad. En el largo plazo, al margen del *todos calvos*, cobrarán relevancia, mal que le pese a algunos gurús con peluquín “progresista”, unas tecnologías más *convivenciales*⁸, es decir, adaptadas al desarrollo de potencialidades humanas y del entorno ecosistémico. Convivirán con tecnologías que retomarán manejos tradicionales, junto con otras de desarrollo reciente (tren o energía solar). Pero habrán de emerger por adaptación o por desaparición de la especie humana, en la línea de civilizaciones que desaparecieron, en gran parte, al desarrollar tecnologías *ecocidas*, que les hicieron imposible habitar el medio que creían dominar⁹.

Perdimos la conciencia de especie. Naufragamos aparentando control y abundancia cuando en realidad son, ante todo, palabras o ideas que desoyen leyes fundamentales del planeta Tierra. *Gaia*¹⁰, ese enorme ser vivo, no atiende a las leyes ideológicas del dinero, sino a sus dinámicas entrópicas (la energía se hace menos disponible) y a su tendencia auto-reproductiva. Los recursos no son ilimitados como afirma la economía convencional. Y los satisfactores (tecnologías, políticas, instituciones, valores) que han acelerado nuestra espiral de consumo, hacen que una persona en un país rico demande hoy para atender sus necesidades básicas, como promedio que le imputa el actual sistema económico, 10 veces más insumos materiales que hace unas década; ha multiplicado por 50 su demanda de agua (para la producción de bienes que utiliza); a la par que genera 40 veces más residuos que sus antepasados de vida más austera, en entornos rurales¹¹. Más consumo implica más transformaciones, más desplazamientos. Generamos más calor que no podrá convertirse en energía apta para posteriores usos. Gaia absorbe dióxido de carbono a través de plantas, algas, bacterias que nos permiten gozar de ese equilibrio gaseoso del planeta tierra en los últimos 700 millones de años: 20,9% de oxígeno y apenas un 0,003% de CO₂. En condiciones normales, Gaia “respira” gracias a estos organismos; es decir, en su seno fluctúan estacionalmente los niveles de oxígeno y de anhídrido carbónico. Pero el incremento de gases invernaderos puede elevar la temperatura hasta niveles insostenibles para la vida humana. Así, se puede decir que podemos vivir en tanto que contribuyamos a reproducir esta vida. Ni nosotros, ni los sistemas productivos que pongamos en marcha son “sostenibles” por sí mismos. La cuestión impostergable es si, por primera vez en los últimos 4 millones de años, el homo sapiens (*estupidus*) confirmará que es inteligente a la vez que capaz de desarrollar condiciones letales de vida para él mismo, al haber abandonado su conciencia de especie. Gaia puede decretar prescindir de nosotras y nosotros en menos de tres generaciones desde su instinto vital para la auto-reproducción.

La crisis respiratoria de Gaia está ligada, íntimamente, a la crisis financiera. Las enormes creaciones abstractas y abstrusas de dinero financiero apalancándose en el dinero bancario (hipotecas basura que se derivaron a paquetes financieros) impulsó la depredación de recursos naturales. La constitución de mercados globales alentó un crecimiento casi exponencial en la demanda de

6 Richard Heinberg, *Se acabó la fiesta. Guerra y colapso económico en el umbral del fin de la era del petróleo*, Huesca, Barrabes, 2006.

7 Como señalara en 1973 Schumacher, en *Lo pequeño es hermoso: por una sociedad y una técnica a la medida del hombre*, Blume Ediciones, Madrid, 1978

8 En Ivan Illich nos ofrecía a principios de los 70 una crítica del manejo moderno de los recursos naturales en su *Hacia una sociedad convivencial*.

9 Franz Broschimmer, *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Pamplona, Editorial Laetoli, 2005.

10 Una introducción biológica y filosófica a Gaia es ofrecida por Lynn Margulis y Dorion Sagan, *¿Qué es la vida?*, Tusquets, Barcelona, 2005.

11 Ver trabajo de Óscar, *El metabolismo de la economía española: Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)*, Lanzarote, Fundación César Manrique, 2005.

materiales y energías. Por ejemplo, empresas del Norte utilizaron este dinero no bancario (Repsol en la compra de YPF) para extender sus proyectos de fuerte impacto medioambiental. El mercado global agroalimentario, entrelazado en los últimos años al mercado especulativo de fondos de inversión, supone, para los más acaudalados del planeta, que los productos viajan miles de kilómetros antes de llegar a nuestra nevera. A su vez, el dinero financiero prometía mayores rendimientos a corto plazo, forzando a las economías del Sur a ofrecer mayores intereses para captar dinero lo que, según el contexto, llevó a muchos países a un mayor endeudamiento. Y la deuda externa es un auténtico *boomerang*, al estar directamente ligada a la permisividad de los gobiernos en consentir, en contra de los intereses de los gobernados y de los habitantes de Gaia, la depredación ambiental de sus territorios¹².

Esta crisis, por tanto, no es financiera. O no sólo. Tiene una expresión y unas raíces ecosistémica. Nuestros actuales requerimientos materiales y energéticos no son posibles de mantener. Proponer una salida a la crisis en forma de mayor depredación global, como por ejemplo se afirma desde el ministerio de Industria (internacionalizar la empresa española, abaratar sus costes y riesgos en el exterior, etc.), es simplemente adelantar la hora del reloj del suicidio algunas generaciones. Eso, sin contar con que los satisfactores que propone esta civilización consumista, *no nos satisfacen*, no sirven para reproducir la vida, incluso para quienes son considerados como “ricos” bajo las actuales patrones de “desarrollo”: cerca de un tercio de la población de la UE padece ansiedad por motivos laborales, nuestra alimentación y nuestros ritmos de vida son aliados incondicionales del cáncer, un 40% de los hombres daneses y noruegos presentan una baja concentración de espermatozoides en su semen para poder asegurar su fertilidad...¹³

Contamos, o se nos ha impuesto, con satisfactores que son en realidad el anuncio de nuestra propia tumba biológica y social: expoliación industrial y agotamiento de recursos naturales como el agua, sistema agroalimentario global caracterizado por continuas crisis, educación en patrones de consumo insostenibles, instituciones políticas y económicas al margen de la ciudadanía, cultura del cemento como alfombra del mundo, tecnología como las patentes y los transgénicos destinadas al control radical de las formas en que Gaia ha cultivado su sostenibilidad, etc. La creencia o fe en nuestra “autoridad” sobre el mundo son la base de un *metabolismo socio-vital* que afianza una relación con la Tierra, y una conciencia de especie, que promueve un intercambio insostenible (para Gaia) y desigual (para sus habitantes)¹⁴. El cambio de modelo no es sólo productivo, económico, incluso sociopolítico. Es también socio-emocional. Los intercambios biofísicos con la naturaleza son producto de unas estructuras y unas culturas determinadas. Luego la salida a la crisis financiera ¡no puede ser acelerar el instinto y las prácticas ecodidas para con nosotros mismos!

De esta manera, fallan nuestros satisfactores, porque falla nuestra forma de mirar al mundo, a lo que nos rodea, a lo no inmediato. Nos desvinculamos, nos hacemos menos habitables. *La otredad* (lo diverso, la naturaleza exterior, las otras) ha sido una de las principales víctimas del pensamiento de raíces materialistas y racionalistas propugnado en Occidente. Los liberales primero, los marxistas vulgares después, junto con los partidarios de un individualismo nihilista, se fueron deshaciendo del mundo, y de los otros, como lugar o palanca de gestación de nuestras riquezas, de la vida. Lo externo debía ser dominado o asimilado a mí.

12 Leer el clásico de Susan George, *El boomerang de la deuda*, Colección Intermón, Barcelona, 1993.

13 Consultar *Signes vitals 2007-2008: les tendències que configuren el nostre futur* del Worldwatch Institute.

14 Propongo el concepto de metabolismo sociovital para huir de ese divorcio entre intercambios materiales, energéticos, culturales y emocionales. En realidad, son flujos enmarañados que han de desliarse al unísono si queremos deshacer el actual nudo de la insostenibilidad. Una crítica de las raíces economicistas del actual paradigma de manejo de recursos naturales puede verse en el trabajo de Jose Manuel Naredo Pérez, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social más allá de los dogmas*, Madrid, Siglo XXI, 2006. Para una introducción al concepto más materialista de metabolismo social ver Garrido, Francisco, González de Molina, Manuel, Serrano, José Luis y Solana, José Luis (eds.): *El paradigma ecológico en las ciencias sociales*, Barcelona, Icaria, 2007.

Pensar el mundo es existir: ésta venía a ser la definición de vida para filósofos como Descartes o Kant. Alguno de ellos podría haber dicho que estamos vivos porque alguien nos dió de mamar, o que pensamos porque nos legaron una lengua, o que existimos por un equilibrio casi mágico de las proporciones que se dan en la biosfera entre oxígeno y otros gases (algo más de oxígeno y esto explotaría; un poco menos, y nos asfixiaríamos). Puede decirse que esa visión filosófica del mundo aupó *lo otro* a la categoría de apéndice incómodo del yo. Despreciable si se refiere a la reproducción básica de la vida y de nuestro cuerpo, a la naturaleza o a aquellas culturas o seres que triangulen razones, cuerpo y emociones de forma diferente a como ellos lo pensaron.

El entierro de la otredad corrió en paralelo al destete del autoritarismo. Nos erigimos en *enterradores* de nuestras *emociones sociales*, fruto de una educación (formal, familiar, tribal) más destinada a interiorizar (auto)controles que a procurar encuentros. Los fascismos de la Europa de los 30 y décadas posteriores ejemplificaron cómo la necesidad de un padre (un guía, un dictador, un gran Estado nacional, un destino histórico), puede ser la aparente huída de las masas frente al miedo a lo desconocido, incluso a su libertad¹⁵.

Crisis socioemocional, crisis medioambiental, crisis energética, crisis laboral, crisis alimentaria... ¿Crisis de alternativas? Lo cierto es que la tierra sigue moviéndose. La tierra y sus habitantes. No dejamos de recomponer nuestros vínculos (lenguas, valores, hábitos, instituciones, apoyos, afectos etc.) más cotidianos de cooperación social, como desarrollaré más tarde. Lo cual no impide que construyamos mundos que entren en conflicto, siendo esta crisis o las formas de insolidaridad que se pueden manifestar entre las personas afectadas reflejos de ello. Más aún cuando nos hacemos, o nos hacen, más permeables a la competitividad y menos conscientes de cuán ligados estamos. Creo que sería bueno tener como referente político el desarrollar prácticas y cosmovisiones encaminados a extender esa cooperación social, y no darla por supuesta, como característica del *ser* humano o como *finalidad* intrínseca a un grupo social dado (llámese comunidad, pueblo o multitud). La crisis ecosistémica puede ser una buena oportunidad para ello. Lo es, precisamente, por las oportunidades políticas¹⁶ y socioemocionales¹⁷ que abre, tanto por necesidad de los de abajo, como por una deslegitimación del papel y de los medios que impulsan los de arriba.

En el mejor de los casos, “la” historia occidental de nuestras rebeldías, en aras de dicha cooperación social, son las historias bien de ganar dignidad (común), bien de experimentar situaciones o vínculos que nos llevasen hacia la otredad. En el primero de los casos tendríamos la tradición del movimiento obrero orientada hacia la dignidad material, arrancando concesiones y creando situaciones de una mejor distribución de recursos, desde la perspectiva del llamado Norte. Desde el segundo de los ámbitos, emergen historias ligadas a los nuevos movimientos sociales (pacifismo, ecologismo, feminismo, autonomía, etc.), que reconocen y nos ayudan a reconocer múltiples dimensiones de conflicto, señalando nuevos y renovados (micro)poderes, formas físicas y morales de control.

Pero hoy esas tradiciones están siendo cuestionadas, al menos repensadas o re-experimentadas. Procesos más globales de entender las dimensiones de cambio, las articulaciones, las necesidades básicas se vienen dando cita desde los 80 explorando formas inclusivas de construcción política y social que camina preguntando y preguntándose, por utilizar una gramática neozapatista.

A propósito de la crisis económica, vemos respuestas canalizadas o visualizadas a través de

15 Ver trabajos clásicos de Wilhelm Reich, Erich Fromm y Theodor Adorno sobre el fascismo.

16 Visión macro y política del cambio social, inspirada en los trabajos de Lenin y Gramsci, así como en los del historiador Tilly. Exponentes de una visión política más intrahistórica del cambio social, que debería ser clave para entender los actuales descontentos sociales, son los estudiosos ingleses de las diferentes matrices del movimiento obrero, como E. Thompson, Eric Hobsbawm o Chris Ealham (*La lucha por Barcelona*); en este país y desde el medio rural, contamos con el trabajo de Díaz del Moral (*Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*).

17 Foucault o Deleuze como arqueólogos de la sociedad del control contemporánea; Virno, mirando cómo la esqueletización de las relaciones sociales está en la base de nuestra pérdida de autonomía.

repertorios de acción más clásicos. Ya se han constituido muchas plataformas en ciudades y pueblos del Estado español. Ha habido manifestaciones constantes, si bien, no del calado numérico de otras que sí han contado con mayor beneplácito de élites políticas y mediáticas (caso de las guerras en Irak o las iniciadas por Israel). Es más, los sucesivos expedientes de regulación de empleo han revitalizado la protesta sindical. Pero esta respuesta aún no se dirige en número y en objetivos hacia propósitos de mayor calado, de alterar los pilares de la crisis ecosistémica. En particular, no atiende, o no se compone a través de, otros frentes socioemocionales, alimentarios, medioambientales, patriarcales, de solidaridad internacional, etc. Al mismo tiempo, tampoco desde experiencias novedosas o desde el desafío que se da en renovados frentes surgidos al calor de los nuevos movimientos globales, parecen que se conformen respuestas estables en las que lo social abarque también la preocupación por la fábrica (social), por el sistema financiero, por el dinero. Quizás los tiempos de sedimentación y de conexión sean más largos a la hora de intentar “fugarse” de este mundo en crisis. Quizás sea cuestión de poner en juego otras miradas y otras prácticas de cooperación social.

¿Me puedo “fugar” de esta crisis?

Estamos *dentro* y lo seguiremos estando. Por *dentro* quiero comenzar señalando que, sobre todo en los grandes oasis de consumo que se dan en Occidente, la creciente *mercantilización de relaciones*¹⁸ nos lleva a que alimentación, salud, vivienda, ocio o incluso participación (que presupone información, tiempo para construir confianzas y reflexiones, etc.) sean necesidades a satisfacer desde ámbitos que han contribuido a la *explosión del desorden*¹⁹: deseo y diversión sujetos a superficies y patrones de consumo y de crédito; inversiones y futuros pensados o administrados en clave de fondos especulativos; necesidades materiales subordinadas a un centralizado e insostenible mercado global; etc.

Por dentro quiero expresar también que *nacemos y vivimos en red*. Al nacer, nuestra estructura cerebral aparece predispuesta para el lenguaje, que luego el contexto, y por ende los otros, nos pondrán en marcha a ritmo de palabras, acentos y gramáticas. Abrimos los ojos, los oídos y los poros de la piel y ya está por allí pululando la posibilidad de empatizar con lo que otros sienten, y también la potencialidad de asustarnos cuando nos estimulen desde algo que consideremos una amenaza. Aprendemos emociones desde las ya heredadas. Tenemos nuestra primera sensación de hambre, y ya movemos las manos y nuestros labios a ritmo de una potencialidad de succionar (de reclamar de otras), que viene impulsada por unos niveles de oxitocina (la hormona del amor) que conectan madre e hijo²⁰.

Y viviremos como hemos nacido, en red. La satisfacción de nuestras necesidades básicas, sean materiales (subsistencia), expresivas (libertades y creatividad), afectivas (identidades y lazos emocionales) o de relación con la naturaleza (somos una especie más), nos conducen a convivir, a conversar y a construir herramientas con los demás²¹. Por activa o por pasiva, por acción o por omisión, conscientes de nuestra interdependencia o crédulos de una posibilidad de autonomía que

18 La crítica de la (siempre) creciente colonización de la acción social por parte del capitalismo es extensa: Marx, Marcuse, Habermas; o desde paradigmas más liberales, Rifkin (*La era del acceso*).

19 *La Explosión Del Desorden*, por Ramón Fernández Durán, Ed. Fundamentos, 1993.

20 Partimos de una pre-programación cerebral, como indicara Chomsky que hace tan “natural” que los niños aprendan una lengua. Sobre las cualidades “sociales” de nuestras emociones más íntimas, consultar trabajos de Ignacio Morgado y Antonio Damasio.

21 Para Max-Neef y otros autores (*Desarrollo a Escala Humana: Conceptos, Aplicaciones y Reflexiones*, Barcelona, Icaria, 1993), todas las culturas buscan construir diferentes satisfactores para nueve necesidades básicas: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad. La naturaleza, considero, debe aparecer en tanto que nuestros intercambios de energía y materia son, a la vez, parte de cualquier cultura y necesidad básica de cualquier individuo.

nos haga dioses (si no bestias), nuestro hacer o nuestro decir es siempre una modificación del flujo de relaciones (de intercambios materiales, simbólicos, emocionales) para construir nuestra dignidad, a costa o en consideración de los otros. Permanentemente recreamos, acatamos o nos oponemos a las instituciones sociales (familiares, políticas, afectivas, culturales, económicas, etc.) en las que se recrean, a la vez que se utilizan, normas, valores, hábitos.

Trato de salir, pues, de un debate de esencias, de si *somos* animales sociales. *Estamos* dentro. *Habitamos* redes. *Nos construimos* desde, para y a través de los *otros*. Como especie, Gaia *nos conecta* al resto de seres vivos para formar un gran organismo que se esfuerza por auto-reproducirse; y nosotros y nosotras, por salirnos de él. Si nos pensamos, es sólo como paréntesis de *conversaciones* que nos han ido legando una forma de decir, de hacer, de valorarnos.

¿Fugas? No puedo salirme, no plenamente. Sí puedo considerar esas fugas como fisuras, enredos, recreación de otros vínculos más habitables. Y que, cualitativamente, puedan representar un salto en alguno de los planos de satisfacción de necesidades básicas de tal manera que se reconozcan como un “hito revolucionario”²². Pero estamos, ante todo, en la recreación constante de lo que Maturana define como *conversaciones* (intercambios, enunciados, propuestas) que caminan bien hacia ese deseo de vida y hacia esa democracia; bien hacia formas de sometimiento, de entierro de potencialidades, de autoritarismos. Recreación que va de la mano de la legitimación, el acatamiento aparente o la abierta desobediencia de los dispositivos de micropoder en los cuáles se nos interroga constantemente sobre las rutas a seguir (Foucault). Ahora bien, no todo es cotidianidad, no todo es flujo. Las dinámicas de cooperación o de enfrentamiento social se entrelazan constituyendo conversaciones sistémicas (grandes enunciados, macropoderes, tendencias) que vuelven hacia los individuos como “poderes externos”. No son dinámicas trascendentales, no surgen de una metafísica de lo político (en clave de pueblos destinados, clases emergentes o multitudes teleológicas), sino de nuestra disposición (voluntad, creatividad, deseo) para remar en la vida de manera que situaciones (y después redes y prácticas más estables; y más tarde poblaciones y tendencias; y por último, metabolismos sociales) puedan ir asentando otras condiciones para nuestro hacer y nuestro decir. Las grandes crisis, al zarandear bruscamente los referentes “normales” de nuestras lecturas del entorno, son momentos con mayúscula para leer nuestros mundos próximos y lejanos; en primer lugar, desde otras direcciones emocionales, corporales, racionales; y en segundo lugar, desde la construcción de satisfactores y relaciones (laborales, políticos, medioambientales, alimentarios, etc.) que *desanden lo andado* (Jorge Riechmann) o reinventen los caminos (*zapatismo*).

Esto no es intento de elaborar un curso de filosofía. Esto es una (auto)crítica hacia quien pretenda unir los conceptos de *cambio integral* y *recetas de microondas*, *democracia* y *necesidad de autoritarismos* por mor de alguna urgencia, *satisfacción de necesidades* básicas y *aproximación parcial* a las mismas (siendo el materialismo el sesgo más frecuente), metabolismos *más sostenibles* y economías basadas en a la *depredación infinita*.

Gente dispersa, masas con miedo

Todo un modelo neoliberal en crisis. Incluso los propios padres de la crisis reconocían su alcance poniendo en duda los axiomas de fe que les sirvieron de coartada para sus recetas económicas: había que suspender los mecanismos de mercado (pedía presidente de la patronal empresarial española, CEOE), abandonar la idea de la racionalidad de la propia teoría económica (Reinhard Selten, Nobel de Economía), etc.

Es una crisis de legitimidad. Lo cual no supone *de facto* una crisis del modelo. Tanto la capacidad

22 Condensamos bajo tipos ideales o alrededor de momentos puntuales fenómenos (o modelos) de mayor complejidad para facilitar su comprensión y su comunicación. Pero esta simplificación no agota ni el saber, ni la realidad.

de re-legitimación, los intereses que aún sostienen el proyecto neoliberal; como, ante todo, la falta de respuestas desde abajo, apuntan a una vida del capitalismo más allá de su aparente entrada en coma mortal. La crisis de los 70 (alza del precio del petróleo, estancamiento económico, ciclo de protestas frente a la sociedad del control desde el 68 francés al 77 italiano) se saldó, desde el Norte, con una re-interpretación de los pilares del capitalismo (flexibilidad laboral y de las estructuras de producción, privatizaciones ofrecidas como capitalismo popular, ligar consumo y vida) que fueron suficientes para devolverle de nuevo el aliento que da el refrendo popular²³.

¿Es esta crisis un trampolín hacia *sociedades duales* de férreas fronteras interiores? Efectivamente, durante estos años de crisis social, aunque no financiera, las rentas más altas han ido accediendo a patrimonio y a inversiones en dinero no bancario, de manera que la desigualdad de riqueza (bienes) en este país entre el 10% más rico y el 50% más pobre (o empobrecido) es hoy cinco veces más que la desigualdad de renta, que ya es de 16 a 1. El modelo social al que se llegó en los 90 se ha ido desinflando lentamente, pasando el gasto público en relación al Producto Interno Bruto de suponer un 28,7% (1993) a un 25,2% (2005). Era un modelo aún lejano al nivel de prestaciones de los países de la Unión Europea (UE) cuya media actual de gasto público es del 33,1%. Y, sin embargo, la mercantilización o privatización encubierta alcanzó muchos satisfactores sociales clave en el acceso a necesidades básicas: aumento de la sanidad privada y del número de pensiones en el sistema privado; vivienda gestionada por el negocio privado²⁴; España es el país de la UE con más centros educativos privados, tras Holanda y Bélgica; la recaudación recae sobre salarios e impuestos indirectos, mientras se construyen ingenierías financieras y paraísos fiscales para eludir al fisco; y, sobre todo, los salarios han perdido poder adquisitivo mientras las empresas vivían unos años de beneficios crecientes²⁵.

Todo ello nos conforma, no una sociedad dual, sino, al menos, una sociedad de tres niveles. Arriba tenemos los 17 millones cuyo patrimonio es el doble del resto de españoles, viviendo desahogadamente aún en la crisis financiera. Abajo estaría el 27% de la población que tiene serias dificultades para llegar a fin de mes, y que tendrá más en el futuro. Para ellos la crisis no es de 2008. Es, como mínimo, mensual. Y comienza en el momento en que su vida (laboral, pero no sólo) se rige por el destino que los ricos de los países ricos han elegido para ellos. En primera línea (en última, mejor dicho), estaría el millón y medio de *inmigrantes* sin papeles, hoy expulsados incluso del trabajo informal en condiciones de explotación. Entre ellos, pero no sólo ellos, están los *trabajadores pobres*²⁶, 5 millones que, en el 2005, ganan menos de 7.500 euros al año, lo que difícilmente les da para vivir, un 37% de quienes residen en Andalucía o Extremadura. En coalición con estos sectores, los precarios laborales, marcados sobre todo por la alta rotación de puestos de trabajo (2 o 3 veces al año, mediando el desempleo entre ellas), temporales que podrían llegar a suponer el 44% de la población activa²⁷. La flexibilidad afecta especialmente a los jóvenes; la rotación de puestos de trabajo les atrasa la posibilidad de recibir cobertura por desempleo (70% jóvenes desempleados no cobran subsidio).

Las cifras hablan por sí solas. Hay más de tres millones doscientos mil parados. Más alarmante aún es que 900.000 de ellos no están recibiendo un apoyo económico por parte del Estado, al contrario que la gran banca. El número de hogares con todas las personas en paro se ha incrementado un 87% a lo largo del 2008, llegando a constituir el 7% de los hogares (827.000 hogares)²⁸. La crisis

23 Boltanski, Luc y Chiapello, Éve: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.

24 El doble que en países de la UE, los cuales tienen el doble de presupuesto estatal asignado a vivienda.

25 Ver informe de IOÉ, *Barómetro Social de España*, obra citada anteriormente.

26 En la Unión Europea, un 33% de las personas bajo el umbral de la pobreza tienen contratos con jornada completa; ver el trabajo de Bibiana Medialdea y Nacho Álvarez, *Ajuste neoliberal y pobreza salarial: los "working poor" en la Unión Europea*, localizable en internet.

27 La tasa subyacente de temporalidad contemplaría todas las personas que han suscrito algún contrato temporal en ese año. Ver informe de IOÉ, *Barómetro Social de España*, obra citada anteriormente, página 121.

28 Agradezco a Carlos Pereda (colectivo IOÉ) la sugerencia de este dato como relevante para reflexionar sobre posibles

golpeará más crudamente a estas familias: ningún ingreso y, en muchos casos, padeciendo un alto endeudamiento; en especial por las hipotecas, aunque también por el fracaso de microproyectos empresariales²⁹. En la mayor parte de los casos, formando parte de los cinturones de ciudades dispersas como Madrid o Barcelona, destinadas a legitimar y territorializar muros internos entre ricos y pobres³⁰.

Aún golpeará aún más a la población emigrante. Cobran, en media, un salario que es un 30% inferior al resto de habitantes del país; y el 70% ellos no contaba en el 2005 de ingresos para hacer frente a un imprevisto. En muchos casos nada tienen: su trabajo era el de ser braceros en “la ruta de las cosechas” (naranja, aceitunas, fresa, etc.); hoy, ante la vuelta al tajo agrario de muchos desempleados “con papeles”, han sido convertidos directamente en vagabundos³¹.

A todo esto, hay que sumar la amenaza de futuros despidos, de mayor flexibilidad o de recortes salariales. Para muchos precarios, la desesperación está a la vuelta de la esquina o aguardando bajo un puente. La exclusión social se ceba con quienes entran en una espiral de pérdida de lazos de apoyo o de sostén. La crisis económica lo potencia, teniendo en cuenta que partimos de una sociedad fuertemente atomizada en los últimos tiempos: incremento de personas que viven solas, empleos precarios que dificultan conciliar vidas “sociales” y “laborales”, falta de sindicación laboral y reducido asociacionismo barrial. Sólo en Madrid se calcula que hay 6.000 personas sin hogar. Quienes se encuentren en entornos de débil cooperación social serán carne de cañón para convertirse en desahuciados de esta sociedad de fronteras internas.

Aumento de delitos menores. Aumento de la conflictividad social (racismo incluido) en los barrios populosos de metrópolis como Madrid, Barcelona o Sevilla, los más castigados por el desempleo. Este escenario, hasta ahora, se ha ido “resolviendo” por parte de los gobiernos de turno a través de un estado penal que ha hecho de este país el que mantiene una política de encarcelamiento más agresiva y represora de la Unión Europea, compartiendo lugar con el Reino Unido³².

Pero, ¿qué ocurrirá si el descontento sigue en ascenso, si la crisis financiera sigue reclamando sus víctimas? Difícil aventurarse, pero es posible que, en un primer momento al menos, cobren más fuerza las ideas de “orden” que de necesidad de un “cambio de paradigma ecosistémico”. Por una parte, los sectores más precarios, y más si nos centramos en la población inmigrante “sin papeles”, presentan un bajo nivel de asociacionismo. Están sometidos a ruletas de subcontratación, en el mejor de los casos, de economía sumergida y trabajo a destajo, en el peor, lo que dificulta la sedimentación de lazos y el buscar soluciones colectivas a los problemas. Algo, por otra parte, extensible al resto de la población española, la cual dedica mensualmente 59 horas a contemplar la televisión, y tan sólo media hora a asuntos públicos (participación en actos o en organizaciones sociales). No es de extrañar que España esté a la cola de la Unión Europea en encuestas que preguntan sobre la frecuencia de conversaciones sobre política: la mitad nunca lo hace, aunque habría que matizar también que entiende el españolito de a pie cuando se le mienta la palabra “política” que va unida a algo que le produce “desconfianza institucional”³³.

Este caldo de cultivo, que afianza la sociedad del espectáculo (de los vínculos mediatizados), impulsa la búsqueda de respuestas en clave de “para mañana mismo”, “lo más simple posible”, “que

escenarios y niveles de descontento social.

29 Consultar periódico *Diagonal*, n. 95, páginas 30 y siguientes.

30 Para una visión general de la territorialización de controles y desigualdades ver Jean Pierre Garnier, *Contra los territorios del poder. Por un espacio público de debates y... de combates*, Barcelona, Virus, 2006. Para un análisis de las situaciones de Madrid y Barcelona, ver respectivamente, *Madrid ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*, editado por Traficantes de Sueños, Madrid, 2008; y *Barcelona, marca registrada. Un model per desarmar*, Virus, Barcelona, 2004.

31 Ver artículo de Desiderio Martín, *Inmigración y Crisis*, n. 5 de los materiales de la CGT contra la crisis.

32 64.000 presos, un incremento del 68% entre 1994 y 2005.

33 Ver informe de IOÉ, *Barómetro Social de España*, obra citada anteriormente, página 321 y siguientes.

no me requieran mucho esfuerzo”. El descontento, lejos querer o pretender construir articulaciones con los sectores más desfavorecidos, puede encontrar en ellos un chivo expiatorio. A ello podemos añadir una creciente sensación de inseguridad que, como en años anteriores, no reflejará el descenso de delitos, pero sí podrá verse guiada por las encuestas de opinión pública y los noticieros efectistas. Los dos partidos de mayor visibilidad mediática, en su carrera por un puñado de votos, pueden cerrar filas conjuntamente en torno a estas demandas de “orden”. Planteamientos alternativos quedan excluidos en la medida en que los grandes sindicatos se han situado junto al gobierno socialista en la defensa del sistema de especulación crediticia. También, los sectores de mayor rotación laboral o de turnos, o imbuídos en dinámicas de fuerte control (telemarketing, servicios domésticos), tienen más dificultades para canalizar su descontento a través de un sindicalismo clásico. Con todo, existen experiencias de trabajo sindical en estos sectores que pueden hacer variar estos escenarios³⁴.

Si unimos descontento, sensación de inseguridad, atomización social y falta de referencia de organizaciones críticas o de redes alternativas capaces de plantear un mayor control en la satisfacción de nuestras necesidades básicas, nos encontramos con escenarios para el auge, principalmente en Europa, de soluciones en clave de extrema derecha. La tangibilidad de otras cuestiones, constituidas en “problemas clave” por los grandes medios, como la población inmigrante que presiona sobre el mercado laboral o el de la seguridad social, o la necesidad inmediata de apoyar a la gran banca para que fluyan de nuevo las hipotecas, se mueven a favor, en el corto plazo, de ser “programas políticos” atrayentes y creíbles para los descontentos. “Por cada español parado, un inmigrante expulsado” rezaban algunas pegatinas xenófobas en calles de Madrid. Cada vez más, se asume la visión de que el “antiguo régimen democrático” (más destinado a garantizar la “gobernanza” por unas élites que a escuchar a la ciudadanía) toca fondo en Europa³⁵. Con todo, ante la pérdida de referencia o de validez de canales clásicos de mediación (política institucional, sindical, servicios sociales) comprobamos como emergen respuestas “a la izquierda”, hablemos de las protestas laborales en este país, o la emergencia de partidos de nuevo cuño en Francia (aún por ver el despegue y la realidad social tras Izquierda Anti-Capitalista).

La urgencia se une a la importancia vital de acceder a remedios que gocen de credibilidad. El plantear la búsqueda colectiva de un metabolismo sociovital más sostenible en términos de dignidad y de relaciones con la naturaleza no es un proyecto para el corto plazo, no al menos en este escenario de crisis “asumibles” desde el modelo actual. Por otra parte, el auge de valores fuertes en los últimos años viene siendo una constante: campañas políticas proyectadas hacia la población en clave de “liderazgos”, vuelta de modelos educativos que reclaman “mano dura” y direcciones elegidas por la administración, aumento de las fuerzas de seguridad públicas y privadas, desarrollo de leyes de control ciudadano escudándose en las políticas “anti-botellón” o el uso lúdico de la calle, prohibición reiterada de manifestaciones alegando su carácter “ilegal” o estar en el mes dedicado a las elecciones oficiales; la guerra como estrategia de “paz”, de “ayuda al desarrollo”, o de argumento de distracción y educación a través de los videojuegos, etc. La propia iniciativa que asumen los estados centrales de intervenir en favor de la banca, omitiendo el apoyo directo a los de abajo, ejemplifica, a mi entender, y dado la escasa respuesta social, la necesidad que existe por el momento de transferir nuestra libertad hacia “un padre” que nos garantice la paz del consumo a cambio de ceder en la afirmación o en la conquista de nuestros derechos. Subirán, están subiendo probablemente ya, los pactos salariales a la baja, las renuncias a indemnizaciones a la espera de un contrato futuro, las horas extras sin retribución. Es decir, se asume, y reitero que por el momento, la delegación ante la imposibilidad de vislumbrar otras alternativas en las inmediaciones.

34 Por ejemplo, ver seguimiento y análisis sobre la huelga general en el sector del telemarketing del 21 de diciembre de 2007 www.cgt.es/telemarketing

35 Guy Hermet, *El invierno de la democracia. Auge y decadencia del gobierno del pueblo*, Los libros del lince, Barcelona, 2008.

En algunos contextos, como ejemplificaron las protestas ocurridas en Grecia, observamos que los descontentos se transforman en gritos de rebeldía, de “¡ya basta!”. En ocasiones, en muchas ocasiones, las protestas que “madrugan” son la antesala de propuestas que, una vez deslegitimadas las instancias de mediación, pasan a plantearse otra gestión de la satisfacción de las necesidades básicas. Su cristalización depende más de la capacidad de generar alternativas de cooperación social, de aterrizar en un espacio bio-socio-económico, que de estructurarse formalmente para realizar una toma de instituciones políticas o reclamar un trozo del pastel económico y financiero como compensación ante la barbarie. Ejemplo actual de ello puede ser el carácter territorial y comunitario que afianza el poder en movimiento de campesinos e indígenas en Bolivia, incluso en las grandes urbes³⁶.

¿Desconexión?

Esta línea propositiva y de pensar la crisis conecta con las ideas de que las *bifurcaciones* son precisamente eso: apertura de caminos (Wallerstein). Dado que todo no puede ser igual que antes, por la crisis de legitimidad del proyecto neoliberal y los límites biofísicos de Gaia, alguien o alguien estarán ejercitando ese mundo con menos capitalismo y más sostenibilidad. En los focos al margen del poder hegemónico, suspendidas las barreras y los códigos de la dominación, es posible tejer otros órdenes sociales (E. Thompson), construir un saber no colonizado (Foucault).

Suspendida la conexión forzosa a Matrix es posible dialogar como humanos. De esto nos hablaba, y nos sigue hablando, Samir Amín bajo el epígrafe de *la desconexión*³⁷. Dicho de forma resumida, nunca le va mejor al Sur que cuando el Norte deja de estar menos presente en su vida, pues es entonces cuando se crean condiciones para un desarrollo desde un saber, una voluntad y una praxis propias, más en sintonía con el pasado y el futuro de los habitantes de países empobrecidos. La crisis de 1929 habría sido un revulsivo para los proyectos de desarrollo (con desigualdad) en el área latinoamericana. El gran salto adelante de la república China sólo es pensable tras una segunda gran guerra que debilitó a los países centrales. En la actualidad, el auge de gobiernos sociales en América Latina, más abiertos a la cuestión de la participación y la integración de poblaciones tradicionalmente excluidas, se explica mejor, aunque sólo en parte, porque el guardián de “su patio trasero” andaba enlodado militar y económicamente en el Oriente Medio.

Dicha desconexión, como refería anteriormente, no se fragua desde una coyuntura de crisis. Así, para el caso de Venezuela, lluvias antiguas, y otras no tanto, como el Caracazo de 1989 (cinco días de protestas frente a un ajuste estructural, tres mil muertos) nos ayudan a explicar el fenómeno Chávez. Es decir, el descontento se larvó en los 80 y 90. Como en Bolivia, tomó cuerpo social bajo formas de cooperación territorializadas. Después traspasó sus límites y entró en el aprendizaje y la disputa de otras herramientas frente a las oligarquías del país, como las instituciones estatales. Pero tanto los campesinos aglutinados alrededor de comunidades de regantes, las redes indígenas o las barriadas de La Vega y el 23 de Enero en Caracas, eran ya *poder en movimiento* antes de visualizarse en las esferas representativas³⁸.

Dirigiendo nuestra mirada al llamado Sur, es cierto que existe un panorama sombrío en el corto plazo. Pero siempre dependiendo del gado de inserción en las áreas de influencia de los países centrales. África puede ser el destino de un neo-colonialismo reforzado. El ministro de industria

36Como ilustración de este análisis, cabe destacar los trabajos de Raúl Zibechi, *Dispersar el poder. Los movimientos sociales poderes antiestatales*, Virus, Barcelona, 2007; y *Territorios en resistencia - Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*, Lavaca editora, Buenos Aires, 2008.

37En los últimos tiempos desde una óptica menos estatista y más en clave de democracia radical; ver el llamamiento de Bamako desde foros a los que S. Amín contribuye; en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=25934>

38 Bases en buena medida del apoyo real que experimenta el actual proceso político en Venezuela, por contraposición a entornos rurales o urbanos donde las *tradiciones socialistas*, de apoyo mutuo y reivindicación de gestión de un territorio, no están presentes en el cotidiano.

afirmaba recientemente que saldremos de la crisis reforzando nuestras empresas en el exterior. Y se ponía manos a la obra con una línea (efectista) de crédito de ayuda a empresas constructoras para desarrollar carreteras en África. Países africanos altamente dependientes de exportaciones de cacao o de minerales pueden ver resentidos los ingresos de sus gobiernos, no necesariamente de sus poblaciones, si cae la economía de los ricos. Ya gobiernos africanos habían aceptado el NEPAD o los acuerdos comerciales con Europa de liberalización del comercio (de bienvenida a multinacionales extranjeras) como un mal menor, o necesario, dependiendo de la fragilidad del gobernante y su dependencia de las potencias neocoloniales para seguir en el poder³⁹. El renovado colonialismo, de tintes más suaves con la entrada de China a la búsqueda de materias y energías para su enorme fábrica global, puede alimentar estrategias de competencia entre gobiernos por resituarse en la división internacional del capitalismo. De alguna manera, si reflexionamos como Argentina y Brasil, a diferencia de Ecuador o Venezuela, están apoyando la construcción de un Banco del Sur (latinoamericano) para fortalecer a sus empresas de exportación, importantes distribuidores en el mercado mundial (soja o carne, por ejemplo), nos damos cuenta de que las ansias de desconexión van por barrios; o al menos, está condicionada a los colores y conciencias políticas en el poder. En este contexto, la crisis no es camino para una bifurcación, sino para la repetición de antiguas farsas. La importante deuda privada de los países del Sur puede estatizarse y acabar convirtiéndose en pública, a la manera de cómo los países del centro están reaccionando, y retomando la senda de la socialización de pérdidas de la década de los 90 en países como Argentina o Brasil bajo gobiernos abiertamente neoliberales⁴⁰.

Sin embargo, existiendo la bifurcación, o las bifurcaciones, existen también los caminos. La crisis financiera ha estallado en el Norte. Los países del Sur tienen más divisas que cuando ya estalló la primera gran crisis de la deuda externa, allá por 1982. La subida de precios de materias primas o del petróleo supuso entrada de dólares y de euros, que en muchos casos salieron hacia poblaciones excluidas que hoy son un bastión de proyectos de transformación social en países como Venezuela o Bolivia. La agenda neoliberal está tocada en países que, tras la borrachera neoliberal de los 90, han recibido más hambrientos después de la expoliación de recursos y empresas por parte de transnacionales extranjeras. Ecuador habla abiertamente de “ilegitimidad” de su deuda externa para operaciones específicas ligadas a la externalización de empresas del Norte y del Sur (Brasil, por ejemplo); y promete auditar la totalidad los créditos recibidos. La desconexión se alimenta a través de iniciativas de cooperación Sur-Sur. Algunas más institucionales, como ilustra América Latina: construcción del mercado regional ALBA, la asociación de PetroCaribe para financiar proyectos económicos con petróleo a precios más bajos, el estudio de una moneda común; todo ello en el marco de no reproducir un desarrollo con desigualdad sino una imbricación de economías más cooperativas y sociales. Pero también la desconexión se teje al calor de redes sociales que plantean una modificación a gran escala de las subordinaciones a las demandas del centro. Un ejemplo es Vía Campesina. Y su crecimiento en Asia y en África. Se ofrece soberanía alimentaria frente a una continuidad de las dinámicas de especialización exportadora al servicio de las élites del Norte y del Sur.

Son apuntes para una estrategia y una visualización de las posibilidades de que la crisis incita a la desconexión. No obstante, todo esto merece un análisis más detallado, que tenga en cuenta el enfoque ecosocial y la existencia (o no) de políticas para la satisfacción de necesidades básicas enraizada en la redes de cooperación de cada territorio. Así, Ecuador sigue aún apostando por el agronegocio como estrategia de crecimiento en detrimento del pequeño agricultor. Venezuela contempla en sus leyes la *agroecología* (agricultura sostenible y transformadora desde lo local)

39 Ver artículo de Mbuyi Kabunda “De la OUA a la Unión Africana y del plan de acción de Lagos al Nepad: rupturas y permanencias”, en Alicia Campos (ed.) *Ayuda, mercado y buen gobierno*, Barcelona, Icaria, 2005. Consultar también el número 24 de la revista *Pueblos*, diciembre de 2006 para un análisis de la agenda comercial y política de la Unión Europea y del gobierno española para con África.

40 Consultar artículos de Eric Toussaint sobre deuda externa y crisis en www.quiendebeaqui.org

como referente productivo, si bien su dependencia en la importación de alimentos se convierte en coartada para aplazar dinámicas de desconexión y justificar alianzas con empresas productoras de transgénicos en Brasil o Argentina. En Bolivia se intenta hablar un lenguaje más “desde abajo”.

La desconexión es, con todo, un posible efecto de la crisis. Más bien una puerta que se abre. Algo aplicable tanto al Sur como al Norte. Aquí, en la medida en que la población continúe ligando su supervivencia o sus niveles de consumo a los satisfactores y políticas que generaron la crisis, poco podremos plantearnos. El rescate, o el aumento de beneficios, concedido alegremente a los bancos; el apoyo a la externalización de empresas en un mercado global que se ha confesado un mecanismo de transmisión rápida de enfermedades bursátiles; los brotes de nacionalismo desde los propios trabajadores (“británicos primero”); el afianzamiento de las grandes superficies como referente de ocio y consumo; la aclamación de “la política del liderazgo” como guía de cualquier proyecto (vacío de crítica a los pilares insostenibles del actual orden social); son todos ellos ejemplos de la cercanía a las entrañas del monstruo que nos hacen difícil, no ya ver, si no poder ejecutar, digamos mañana, una desconexión material. Dicha dificultad material es a la vez un obstáculo para la *desconexión mental*, la posibilidad de pensar fuera de este bucle sistémico⁴¹. Nuevas experiencias podrían realimentar nuevas formas de pensamiento y de emoción que, a su vez, alentarán nuevas experiencias. En estos momentos, este círculo se camina así, en dirección adversa a alternativas que no supongan una nueva vuelta de tuerca. Pero nunca un círculo de crisis fue un círculo virtuoso. El crack del 29, unido al desafío de la sombra de Rusia y la noche oscura de la II Guerra Mundial, fueron la antesala del estado de bienestar. Y no es remarcable en tanto que supusiera una liberación para el mundo o una puerta abierta a repensar abiertamente el capitalismo y el autoritarismo. Pero sí es testimonio de que rotas las legitimidades, al menos desde el macropoder, se propondrán nuevos pactos, antes impensables.

Respuestas coyunturales

No es verdad que la población esté asistiendo cruzada de brazos y desierta de voces a lo que está ocurriendo. El descontento es hoy un hervidero de conversaciones en mercados, plazas, bares. Los gestos van aún por detrás. Sin embargo, se han observado manifestaciones y concentraciones frente a la crisis, en la línea de “que la paguen los ricos”. Lideradas en su mayor parte por sectores sindicales y partidos políticos, junto con entornos vinculados al ciclo de protestas antiglobalización, las plataformas frente a la crisis se establecen por una cantidad notable de pueblos y ciudades del Estado. Se está lejos aún de las cifras de seguimiento que tuvo la huelga general del 29 de enero en Francia, superior al millón de trabajadores, y que algunos sitúan en 2 millones y medio. Se trata aún de formas clásicas, de gestos de protesta dirigidos a mover audiencias y a copar agendas mediáticas. Pero aún no están en una fase de ofrecer la crisis como una oportunidad para sentar otras bases sociovitales: políticas, culturales, emocionales, de relación con la naturaleza. Es más, hasta el Partido Popular se ha apuntado a la presencia en las calles, sacando el 15 de febrero a 15.000 militantes en Málaga para pedir otra política de empleo. El descontento aumenta, sí; pero aún no toma cuerpo social; y lo que se organiza, parece estar lejos de los sectores más afectados o preocupados por las consecuencias de la crisis y las medidas que impongan grandes bancos y empresas.

No hemos de perder de vista, sin embargo, la posible conexión de protestas en clave de rebeldía. Las fuertes manifestaciones tras los expedientes de regulación de empleo, la enseñanza pública en Cataluña, funcionarios del ministerio de Justicia o el movimiento estudiantil frente a Bolonia, por citar algunos fenómenos, pueden ser ejemplos de descontentos que actúen como difusores de propuestas concretas y sectoriales de cambio social hacia la dignidad y no hacia el orden. En algún momento, una posible articulación con sectores movilizados antaño (vivienda) o habitantes en

41 Marcos Roitman, *Democracia sin democratas y otras invenciones*, Sequitur, Ciudad de México, 2007.

general de esa crisis ecosistémica (inmigrantes, precarios laborales) puede dar lugar a plataformas que aglutinen parte, sólo parte, del descontento reinante. Pero aún el sistema social goza de legitimidad, por más que las encuestas (que hay que valorar sólo en su justa medida, pues en sí mismos son instrumentos destinados también a crear opinión) demuestren una notable desafección: no se vislumbra la necesidad de “cambios totales”, excepto para un 11% de la población; y el 60% hablaba de pequeños o de ningún cambio. Cifras tomadas antes de la crisis. Porque la propia desconfianza general hacia la clase política y el absentismo de los jóvenes son también acicates para un vuelco súbito de la legitimidad, a poco que se propongan (o impongan) pactos sociales que cuenten con la credibilidad o el consentimiento de la población.

En este panorama, en el que despegan tímidamente respuestas coyunturales, no podemos perder de vista tampoco los *ríos subterráneos* de la movilización en este país. La naturaleza de la cultura política de contestación social presente en el ruedo ibérico, aparece marcada (históricamente) por un hacer desde lo local, bajo el paraguas de movimientos libertarios, nacionalistas o regionalistas (incluso localistas y barriales) y nuevos movimientos sociales que comenzaron a tener notoriedad en los 80 como referente de acción: movimiento por la objeción de conciencia, ecologismo y centros sociales ocupados. Cultura que se retroalimenta con la lejanía manifestada históricamente por las élites institucionales para establecer instancias de mediación y de comunicación con sectores sociales “de abajo”, tradicionalmente alejados del poder, sometidos dictatorialmente o visualizados como correas de transmisión para conseguir prebendas, cuotas de poder, propuestas de cambio “desde arriba” en el mejor de los casos⁴². Las manifestaciones contra las guerras de Irak o Palestina son ejemplos visibles mediáticamente. Pero es de destacar esa conexión subterránea de redes y críticas que van estableciendo vínculos y recreando protestas partiendo de los 80 (desobediencia civil, antimilitarismo); atravesando el desierto social de los 90 frente al PSOE (50 años Bastan frente al Banco Mundial, acampadas 0,7% en el 94, para luego continuar en las campañas anti-Maastricht o las marchas europeas contra el paro); reconociéndose en los nuevos ciclos de movilización globales tras el 2.000 (consulta sobre deuda externa, 20.000 voluntarios ejercitando la desobediencia a la ley electoral; protestas en el 2002, frente a la Unión Europea) y acabar siendo base para explicar nuevos ejercicios que retoman la desobediencia en el 2004 (13 de marzo, manifestaciones frente a sedes del Partido Popular) o para servir de trampolín a las mencionadas protestas frente a guerras internacionales⁴³. Es decir, el cierre de los medios de comunicación no facilitará la visibilidad del descontento más local y crítico que se esté construyendo frente a la crisis. Pero es innegable que ese descontento organizado, mejor dicho coordinado (muchas veces informalmente), podría ser acicate de protestas sociales por una transformación de paradigma. ¿Bastaría la existencia de protestas masivas para un cambio profundo del actual orden social?

La política de los vínculos

Si de respuestas globales y transformadoras hablamos, para la construcción de un metabolismo socio vital que nos aporte dignidad y relaciones más sostenibles con el planeta, las protestas masivas han de tener su correlato en la construcción de *otras sociedades*, al menos en la puesta en marcha de satisfactores concretos y territorializados de necesidades básicas hoy en manos de la crisis, a través de sus instrumentos (dinero, especialmente no bancario) y sus actores (sector financiero, élites políticas y sindicales en connivencia). Dicho de manera resumida, es la cooperación social puesta a funcionar la que, contraria y no visible a los circuitos dominantes del orden social, suscita demandas no satisfechas que, al desarrollarse a través de iniciativas sociales primero, y al acumularse después, cristalizan en espacios políticos que contestan abiertamente el poder,

42 *Transiciones en movimiento: La cultura de protesta en España y el ciclo de movilización global*, de Ángel Calle Collado y Manuel Jiménez Sánchez, VI informe FOESSA, disponible en internet.

43 He intentado retratar estas interconexiones de espacios y discursos que acaban en una nueva cultura de protesta en *Los nuevos movimientos globales. ¿hacia la radicalidad democrática?*, Editorial Popular, Madrid, 2005.

comenzando por dirigirse al resto de la población descontenta para unirse a un cambio social inclusivo. La historia del movimiento obrero arranca en sus incipientes formas societarias de apoyo y contestación que dieron luego a la implantación de derechos sociales y la articulación de sindicatos. No son estos medios y actores los que facilitaron el poder social. Más bien al revés. Los *nuevos vínculos sociales* reclamaron sus espacios y normas políticos; y a su vez, la caída de estos interlocutores como expresiones de esos nuevos vínculos dió y da pie a la experimentación de otras herramientas, puntos de apoyo de otros satisfactores, de otras formas de encuentro. Lo mismo vale decir para espacios en la línea más expresiva de los nuevos movimientos sociales. Si queremos localizar la base de los nuevos movimientos globales en este país, es necesario aproximarse a las redes que más practicaron la biopolítica en los 90: movimiento ecologista, redes de ocupación orientadas hacia la institución de centros sociales, movimiento cristiano de base de carácter comunitario. Frente al autoritarismo creciente y la invasión mercantilista de parcelas de nuestra vida (ocio, contratación laboral, alimentación, salud, flexibilización al servicio del mercado y de pautas de consumo, etc.) estos movimientos tejieron redes, no desde la articulación política “desde arriba” sino desde el encuentro de prácticas y culturas antagonistas por otra cotidianeidad. El poder, de emancipación y construcción en este caso, se entiende desde la legitimidad que da una nueva subjetividad política (discursos, formas de coordinación, acciones), la cual a su vez se asienta en intereses específicos, no de clase sino de satisfacción de necesidades básicas. No se trata de “multitudes” orientadas teleológicamente contra un poder, en el sentido más abstracto que suscriben autores en la línea de Negri, sino procesos de indagación, tanto de nuestras necesidades básicas (materiales, afectivas, expresivas, de relaciones con la naturaleza) como de encuentros con otros y otras, en un plano nada desmaterializado, sino, al mismo tiempo, enfocado a cuestiones de supervivencia física y demanda afectiva. Todo ello, generando desencuentros con otras fuerzas políticas y sociales caracterizadas, no sólo por un distanciamiento de intereses (clase media acomodada, partidarios o consumidores de un desarrollismo depredador, apuntadores de un orden patriarcal y violento), sino por el mero hecho de leer el mundo desde códigos cerrados y autoritarios (izquierda más clásica). Al mismo tiempo, sus prácticas de cooperación social, canalizadas a través de demandas concretas, no son garantía de convergencia en luchas sociales, en tanto que la cuestión de ser trabajador o autónomo no es tan relevante como la constelación de intereses a la que sirven, y de la que se sirven.

Las élites, al igual que proyectos políticos sin base social ávidos de captar cuotas de poder, aprovecharán la crisis, no para construir procesos de cooperación social, sino para desactivarlos o reconducirlos bajo sus intereses, que, dudosamente, pueden ser los de una mayoría descontenta. Se nos planteará que tanta complejidad por fuerza “demanda” una reducción del problema. Pero, más allá de la creencia en la participación de las personas como un derecho social (y vital, si tenemos en cuenta que nacemos y vivimos en red), las dimensiones de la crisis no admiten soluciones centrales y autoritarias. La complejidad nos requiere, particularmente en Occidente, un repensar y un rehacer la construcción de nuestros vínculos, desde los más inmediatos a los que, tengamos conciencia o no, nos ligan a la suerte de este mundo. Sobre todo porque la llamada globalización se ha construido a golpe de complejidad centralista revestida de “naturalidad” o de lógica: la humanidad por fin “hecha una”; el desarrollo “consecuente” de mercados, instrumentos, empresas e instituciones económicas e internacionales arremolinadas en torno a la OMC, Davos o el grupo de presión Bildeberg; la homogeneización alimentaria heredera de una “revolución verde” y en vías de entronizarse de la mano de los transgénicos y de las concentraciones de empresas bioquímicas que manejan esta tecnología; las inversiones en infraestructuras global que permitieran al capital desterritorializarse de los Estados, a la par que hacían más territoriales sus demandas energéticas y materiales; etcétera.

Por tanto, esta globalización centralista otorga, en primer lugar, menos acceso de la ciudadanía a decisiones claves, menos margen para la diversidad biológica y cultural, menos autonomía política

y tecnológica para la humanidad en su conjunto. E insistirá en redoblar dicha complejidad reclamando nuevos autoritarismos. La (nano)tecnología, las sofisticadas infraestructuras de comunicación y transporte, el dinero no bancario o las estructuras políticas supra-estatales se caracterizan por una (aparente) dispersión y una intangibilidad del poder: son avances justificados en el marco del “progreso” que, a la vez que crean lazos por arriba, destruyen vínculos por abajo.

En segundo lugar, esta complejidad afecta, de manera insostenible para nosotros, a la complejidad biofísica del planeta Tierra: mercados y tecnologías globales pro cambio climático, pérdida de biodiversidad a través del modelo agroalimentario y transgénicos, mantenimiento del riesgo potencial de la energía nuclear, apuesta depredadora por los agrocombustibles, etc. Mayor complejidad requiere mayor descentralización, más participación y más consenso en la puesta en marcha de decisiones previamente de conocimiento), para llegar, no ya a alcanzar “verdades”, sino a propuestas “útiles”⁴⁴. Re-localizar, De-crecer: cerrar circuitos políticos, materiales y energéticos desde abajo⁴⁵. Des-artificializar el mundo, re-introducir criterios medioambientales y de necesidades básicas en la construcción de alternativas a la crisis.

Y, sin embargo, la cultura y la educación emocional que recibimos nos educa en la legitimación del autoritarismo o del control: apuntalamiento de estructuras de permanente delegación, promoción de fundamentalismos no abiertos al otro o al mundo, participación activa en los mecanismos de dominación como fuente de ganar un salario. Se clausura la vida y la cultura a través de tecnologías y patentes, cuerpos de seguridad y educativos, gestión social desde agendas copadas por el poder hegemónico, desarrollos territoriales (en especial los urbanos) destinados a impedir la sedimentación social al margen del consumo.

Es por ello, por lo que las alternativas habrán de partir de que atravesamos una crisis global: Crisis socioemocional, crisis medioambiental, crisis energética, crisis laboral, crisis alimentaria... Y que el cuestionamiento de los pilares de esta crisis, sin el cual no habrá posibilidad de ofrecer alternativas desde fuera de este sistema, requiere una nueva o incentivada *política de los vínculos*. Es decir, romper la política de las interrupciones vitales. Sustituir la disyunción por la conjunción a la hora de pensar la sociedad y la naturaleza, el ser humano y sus vínculos sociales, las razones y las emociones, los sueños y las realidades. Confluencia de espacios homogéneos, sectoriales, sean locales o globales, para poner en práctica herramientas que sean ya una ilustración de desconexiones vitales que pueden ser colectivizables.

Lo que podríamos llamar una rebelión de las *h.a.ma.c.a.s.*: Herramientas de Acción Masiva para Cuidados desde la Auto-gestión Social⁴⁶. Espacios destinados al encuentro y al *cultivo social* de útiles dirigidos a la satisfacción de nuestras necesidades básicas. Sean estos espacios del tipo que sean: centros, organizaciones, plataformas, convocatorias; formales o informales; etc. Es decir, sin una (nueva o renovada) cultura política que permee cualquier fenómeno de recomposición de nuestros vínculos sociales y se destine a una rebeldía material, afectiva, expresiva y de relaciones con la naturaleza, no podremos pensar en trascender el actual sistema que, repito, gozaba de un capital de legitimidad considerable antes de la crisis. Dicha recomposición como abono de cambios sociales de mayor calado están presentes en las raíces de la cultura obrera, en sus *rebeldes primitivos*, que hacían del socialismo utópico algo cotidiano⁴⁷; en las rebeldías antes normas y configuraciones espaciales recreadas desde los 70, que dan lugar a nuevos interconectores de lo social (cambia el lenguaje, la manera de vivir el cuerpo, se experimentan nuevas formas de

44 El fin del paradigma universalista y legislador de ciencia, y su reemplazamiento por un saber que se sabe, valga la redundancia, en un marco de coevolución social y medioambiental; ver Funtowicz y Ravetz, *La ciencia posnormal*, Barcelona, Icaria, 2000.

45 Varios Autores (2006): *Objetivo Decrecimiento*, Leqtor, Barcelona.

46 Ver mi artículo sobre *La producción social de la democracia (radical)*, disponible en internet.

47 Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

convivencia, se abren lugares para nuevas relaciones); pero también la puesta en práctica de iniciativas de cooperación social tras la crisis de 2001 en Argentina (comedores, huertos urbanos, asambleas populares, mercados de trueque, economía social, etc.)⁴⁸; o el hábito del apañío y la solidaridad hospitalaria en muchos países africanos, *La otra África*⁴⁹; y latinoamericanos e indios, empeñados en los *caminos de la producción no capitalista*⁵⁰.

¿Necesitamos que las crisis nos golpeen más fuerte, aborten más lazos, interrumpan vínculos existenciales para que, del marasmo ciego de la desesperación puedan surgir esas nuevas situaciones, semillas para las futuras h.a.ma.c.a.s.? ¿No hemos dicho que el énfasis en las experiencias y en las nuevas relaciones nos puede hacernos perder de vista de que tales esfuerzos pueden ser “inútiles” ante la llegada de un proyecto totalitario, sea en forma de fascismo social o de mercantilización absoluta de una sociedad que agiganta su insostenibilidad?

Medirle las aristas, los dobleces y las caras ocultas al “cuanto peor, peor” no es propósito de este trabajo. No por ejercicio vano, sino por concentrar energías en crear condiciones que eviten la profundización de la actual crisis sistémica.

Para ello, *la política de los vínculos* suena bien, pero ¿qué trato de sugerir desde ella? A mi juicio, cualquier iniciativa de transformación social que quiera tener tanto eco como calado ante la explosión del desorden ha de contemplar tres necesidades para repensar la política hoy, sobre todo en los países del centro:

- Una política de necesidades básicas: construcción de satisfactores, de cultivos sociales, que expliquen y experimenten los nuevos paradigmas que quieren proponerse; una problematización desde cuestiones básicas, directas, como sustrato de la acción colectiva crítica; una serie de ventanas cooperativas para el apoyo material, afectivo, que busquen la participación siendo consciente de los límites ambientales.
- Un enfoque ecosocial: los cultivos sociales no pueden ser alimento de maquinarias violentas, tanto generadoras de exclusión, como acrecentadoras de la insostenibilidad. Es necesario una *ética territorializable*. Una vocación y una materialización de nuevos vínculos. Por un lado, hablo de una actitud de rebeldía que busca otras rebeldías, afrontando el reto de construir horizontes compartibles. El movimiento no puede ser una justificación per se del movimiento o del sistema. Como tampoco el sustituir los procesos por la concatenación de situaciones en las que nos las apañamos para satisfacer alguna necesidad y para un grupo exclusivo. El código vacío (no hay código o sólo posible para mí) o el código saturado (todo ya está dicho o sólo hay que aplicar esta receta) no afianzan vínculos sostenibles, los hipotecan o los venden. Mi necesidad (o mi conflicto) elevada directamente a rango de horizonte colectivo lleva aparejado el riesgo de convertir los cultivos sociales en *estufitas* (calor para salvarse de la quema expresiva y emocional), *islitas verdes* (aisladas del cuerpo social, a salvo de modificaciones externas, enfrentadas a otros proyectos) o en *agujeros negros* (reproducción de las discontinuidades a través de otros satisfactores, mercantilización de las alternativas, consolidación de los actuales órdenes)⁵¹. Por otro lado, la ética de la otredad ha de expresarse también en el territorio biofísico, tanto por ser espacio

48 Ilustrativos aún la agricultura urbana de Rosario o las iniciativas cooperativas de los movimientos de trabajadores desocupados; ver Toty Flores (compilador), *De la culpa a la autogestión*, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2005.

49 Serge Latouche, Ediciones Oozebap, Barcelona, 2007

50 Boaventura de Sousa Santos (org.), *Produzir para viver, os caminhos da produção não capitalista*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 2002.

51 Una breve ejemplificación la tenemos en las alternativas de consumo. Bien pueden representar un cambio social agroecológico (sistemas agroalimentarios sostenibles, hacia un desarrollo endógeno e inclusivo). También pueden abrir la puerta a un consumo exclusivo (estufitas o islitas). O también servir para identificar nuevos nichos de mercado de producción orgánica (insumos), pero no ecológica (grandes distribuidoras, manejos no sostenibles). Ver mi artículo sobre *El nuevo cooperativismo agroecológico* en www.facpe.org

donde generar nuevas confianzas y nuevos satisfactores, que puedan hacer sombra a las propias respuestas defensivas del orden actual; como por entender que el planeta demanda una relocalización en la producción y circulación de recursos y energías.

- Una política de articulaciones y traducciones: una *praxis de la otredad* que complemente, lea y oriente a una *ética de la otredad*. En el campo de las redes sociales se trata de buscar esos lenguajes y espacios que puedan construir desde la diversidad. Por ejemplo, frente al sistema agroalimentario global, la *agroecología* se ha constituido en una filosofía del hacer y el decir que sirve para trabajar conjuntamente (intercambiar, referirse, compartir) realidades locales tan alejadas como las cooperativas de producción directa en el Estado español y las redes de comercialización ecológica fruto de la reforma agraria o de la contestación a los mercados verdes para ricos⁵². Junto al encuentro de redes, y desde dicho encuentro, cultivos sociales que no sólo se dedican a producir *sociedades paralelas*, sino también espacios de referencia para el actuar y el pensar de la ciudadanía.

Y esto, ¿a qué políticas más concretas puede conducirnos? En el actual desorden, existen iniciativas concretas que, junto a problemáticas que vuelven bajo nuevos ropajes (la precariedad laboral), se están convirtiendo en referentes de movilización o de concienciación social, a escala global incluso (dónde vivimos y qué comemos). Territorio, trabajo y sistema agroalimentario son tres ejes que bien pueden servir de base para el desarrollo de cultivos sociales que sean atractivos para la población y para las dinámicas de organizaciones y redes críticas.

	Territorio	Trabajo	Sistema Agroalimentario
¿Por qué son importantes?	<p>Cerrar hacia abajo los circuitos de materia y energía</p> <p>Tejer redes que impidan la domesticación masiva del descontento</p> <p>Crear sinergias desde lo diverso a partir de lo más concreto y tangible</p> <p>Desarrollo comunitario</p>	<p>Lugar referente de la crisis en sociedades monetarizadas y que funcionan a crédito</p> <p>Espacio preferente de gestión de formas de dominación</p> <p>Sustitución del empleo por la praxis del cuidado</p>	<p>Decrecer en riesgos, crecer en calidad de vida; política desde la cotidianidad</p> <p>La producción de alimentos y su transporte generan un 40% del CO₂ planetario</p> <p>Las hambrunas y las crisis alimentarias son reflejo de las crisis sistémicas</p>
¿Cómo enraizar alternativas?	<p>Espacios sociales que permitan confluir luchas territoriales, sobre vivienda y alimentación, derechos de ciudadanía</p> <p>Identificación de manejos de recursos adaptados al entorno</p> <p>Desarrollo como coevolución social y biofísica con el medio</p>	<p>Oficinas de derechos y apoyo sociales</p> <p>Sindicalismo social y autogestionario</p> <p>Autogestión de redes de cuidados</p>	<p>Redes de relación directas entre productores y consumidores</p> <p>Crítica de transgénicos y de tecnologías de control</p> <p>Internalización de costes ambientales</p> <p>Agroecología rural y urbana</p>

52 Ver el artículo de Daniel López “Agricultura de responsabilidad compartida” en *Economía Social, Economía Ecológica*, marzo de 2008, edita Libre Pensamiento, Eologista y Lletra A.

	<p>Cooperativismo dirigido a mercados locales</p> <p>Certificación social de necesidades y valores de uso</p> <p>Economías ecológicas dirigidas a los cuidados</p>
¿Paraguas públicos?	<p>Municipalismo radical</p> <p>Politización de necesidades universales y de bienes comunes (recursos, riqueza) desde la gestión participada</p> <p>Materialización del dinero frente a la deriva especulativa</p>

Tabla 1. La relocalización general de satisfactores sobre la base de una política de los vínculos

La anterior tabla no es un programa político, ni tampoco una colección de iniciativas. La problematización de (y desde) las esferas del trabajo, nuestro territorio y el sistema alimentario constituyen un tridente para repensar y ejercer nuestros vínculos. La precariedad laboral es hoy uno de los pilares de la precariedad existencial, en consonancia con las nuevas disposiciones del territorio y nuestras pautas de consumo. Pero, precisamente, necesita pensarse en términos vitales, de *supervivencia ecosistémica*, para no reproducir lo irreproducible: la industrialización depredadora y fuente de desigualdades, las escalas y tecnologías oligopólicas, la producción de la destrucción como paradigma de desarrollo (desde la guerra hasta el despilfarro energético). Del sencialismo de presión o de reclamación más sectorial, al encuentro en y desde la construcción de *economías sociales y ecológicas*, en el que puedan reconocerse, demandarse y ejercitarse derechos sociales y de cuidados básicos: participación efectiva de la población, con atención a los migrantes; asistencia, reproducción y apoyo social en el centro del hacer político; agricultura de responsabilidad compartida; cooperativas de apoyo económico e incluso financiero, etc.⁵³

Dicho encuentro precisa de una resocialización para encontrarnos en otras y otros. Demanda un espacio (cuerpo), una vivencia (emoción), una relación (razón deliberativa). A la par que exige una relocalización de nuestros satisfactores. Esto ocurre en un territorio, fuente de nuestra experiencia, educadora de nuestro estar, nuestro sentir y nuestro pensar. Y se teje al calor de un entorno comunitario que sustituye mediaciones lejanas (un supermercado, unas siglas políticas, un centro de ocio) por una proximidad para el apoyo y la interpelación. Justamente, cuando, bajo la llamada globalización, el capitalismo precisa de grandes infraestructuras físicas para reproducir a escala mundial sus dinámicas de acumulación. Mayores requerimientos materiales y energéticos están demandando corredores y conectores biofísicos: los megaproyectos como el IIRSA conciben a América del Sur como futura suministradora global de energía (agrocombustibles) y bases para nuestra alimentación (soja que será el pienso de dietas ricas en carne)⁵⁴; en Europa, por el contrario, las ciudades se vuelven “marcas” (imagen turística corporativa, centros de convención empresariales) e infraestructuras (aeropuertos, puertos y carreteras) para liderar las migajas de estos tránsitos y desplazamientos globales⁵⁵. Frente al desorden está la posibilidad de construir vínculos desde una democracia radical (y ambiental) desde nuestros territorios. En este sentido, sería fundamental revitalizar movimientos barriales y rurales, a través de *nuevos centros sociales*, para anclar luchas vitales de mayor calado, lugares de referencia para la construcción de otras

53 Ver número especial sobre *Economía Social, Economía Ecológica*, editado en marzo de 2008 por Libre Pensamiento, Eologista, Lletra A.

54 Ver el trabajo *Agrocombustibles, ¿Otro negocio es posible?* coordinado por Mónica Vargas, editorial Icaria, Barcelona, 2009, página 94.

55 Proliferan los grandes eventos espectaculares como justificación de la construcción moral, simbólica y física de la ciudad marca, como muestran los trabajos de varios autores en *Barcelona, marca registrada. Un model per desarmar*, Virus, Barcelona, 2004; y *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del “modelo Barcelona”*, Catarata, Madrid, 2007, texto de Manuel Delgado.

sociedades. Desde aquí puede resultar interesante confluir con redes o paraguas públicos en la implantación políticas destinadas a la autogestión de derechos básicos (renta, alimentos, cuidados, recursos energéticos, agua), apuntando entonces a un *municipalismo radical*⁵⁶. Desde el márketing político, o una pretensión de establecer legislaciones sin amparo reivindicativo de la ciudadanía, no se producirán cambios sociales a gran escala. Desde nuevas sociedades que, *desde abajo*⁵⁷, ejercen y reclaman nuevos derechos y nuevas instituciones desde renovados ánimos, puede que sí.

Trabajo y territorio son dos dimensiones vitales cuya deslocalización y desvertebración en los planos políticos, económicos y culturales están íntimamente ligadas al despegue de un sistema agroalimentario global. Por un lado, los patrones insostenibles de consumo se venden como “calidad de vida”, a la par que se impiden formas alternativas y tradiciones ecosociales de alimentarse a golpe de publicidad, legislación favorable a las grandes empresas, creación de desconfianza sobre los mercados y producciones artesanales, apoyo público para el despegue de las grandes superficies, financiación del mismo a través del control que ejercen sobre la distribución, políticas como la PAC destinadas a la homegeneización y concentración del mercado, etc. Por otro lado, éste es el sistema agroalimentario que se precisa para despoblar el campo y alimentar de humanos las fábricas (sociales), tanto en el Norte como en el Sur. El territorio y el trabajo rural se sacrifican (agricultura convencional no rentable) o se museifica (por ejemplo, turismo) para mantener las dinámicas desgastantes y depredadoras de las grandes ciudades⁵⁸. Colocar la cuestión alimentaria en el centro del trabajo social es poner en solfa las dinámicas sobre las que se asienta la globalización y apuntarse al decrecimiento, económico-tecnológico que no decrecimiento de calidad de vida. A la par que reintroduce una cotidianeidad en la política y en la motivación para construir satisfactores desde abajo. En este sentido, la *agroecología* se nos introduce como una herramienta de intervención política y medioambiental en los territorios para democratizar el acceso a los recursos naturales y transformar nuestro sistema agroalimentario, que se muestra cada día más oligopólico, artificioso, envenenado y excluyente⁵⁹.

Quedaría por discutir temas candentes en todo proceso de transición social en las sociedades contemporáneas, como la escala de los cambios y el papel del estado. Sobre lo primero, manifestaré que, desde una política de los vínculos, los nuevos paradigmas de articulación habrán de saberse efímeros si no provienen de una demanda de relocalización y de cooperación social desde abajo. Quizás como siempre, pero más en estos momentos de bifurcación y gran complejidad derivada de la gravedad de la situación y de la interrelación de problemas y territorios (como el manejo de recursos naturales ilustra). Y sobre lo segundo, quizás también como tantas veces en las “revoluciones” de todo signo, lo nuevo y lo viejo conviven, al igual que el ejercicio directo del empoderamiento y la representación del mismo. De ahí, que opte por hablar de paraguas públicos: instituciones y normas que facilitan esa relocalización de circuitos materiales, energéticos y políticos. Y que a la vez permitan la emergencia de formas de cooperación social que se certifican desde abajo. Ejemplos de estos paraguas pueden ser las propuestas para un manejo democrático de recursos naturales (como el agua), el desarrollo de sistemas agroalimentarios directamente certificados por consumidores y productores, o la concepción del estado como un agente social que garantiza ese “movimiento social” desde abajo⁶⁰. En todo caso, la cuestión relevante es reconocerse

56 Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva. Un nuevo proyecto liberador*, Montevideo, Norman-Comunidad, 2002.

57 Julio Alguacil Gómez (ed.), *Poder local y participación democrática*, Barcelona, El Viejo Topo, 2006.

58 Como Madrid, cuya huella ecológica le llevaría a reclamar el 40% del territorio estatal sólo para abastecer sus requerimientos energéticos y de materiales.

59 Para una introducción al pensamiento y la práctica de la agroecología, ver Eduardo Sevilla Guzmán, *De la Sociología Rural a la Agroecología*, Barcelona, Icaria, 2006 y consultar la página web bah.ourproject.org

60 Algunos trabajos en este sentido: Hilary Wainwright, *Cómo ocupar el Estado. Experiencias de democracia participativa*, Barcelona, Icaria, 2005; *Repensar la política*, por diversos autores, editado por Icaria y disponible en el TNI (www.tni.org); *Calidad de la democracia y protección ambiental en Canarias*, Fundación César Manrique, Tegui, Lanzarote, 2006, especialmente trabajos de Federico Aguilera Klink (en internet); y las aproximaciones de

en la vitalidad social de lo de abajo, siendo las circulaciones más globales una necesidad a posteriori, a veces, un mal menor en la creación de mejores condiciones para reafirmar dicha vitalidad.

Implícitamente, pues, no hablamos de un recetario, si no, antes bien, de un paradigma con tres grandes cambios que alimentarían, a la vez que se derivarían, de esta proliferación de cultivos sociales:

- cambio de paradigma tecnológico en el manejo de recursos naturales: *relocalización*
- cambio de paradigma de la intervención (eco)social: *política de los vínculos*
- cambio de paradigma en la interpretación de lo público y lo común: *democracia radical*

El último cambio, la democracia radical, nos lleva a situarnos en una reinterpretación de horizontes políticos que, desde Occidente, podrían leerse en clave de solidaridad, libertad y diversidad. No parece difícil que, en este país, diferentes ríos subterráneos puedan aflorar buscando desarrollar propuestas en este sentido. Al fin y al cabo, la democracia radical constituye un eje aglutinador y galvanizador para las formas de hacer (desde abajo, desde la diversidad) y para el decir (desafección hacia democracias formales) que vienen despertando desde los 90⁶¹.

La cuestión es si saber si somos capaces de desplegar un potencial creativo (actitud, comunicación, experiencia) y un uso constructivo de recursos y referencias (espacios, organizaciones, lenguajes, símbolos) de manera que las personas más afectadas por la crisis puedan sentirse motivadas y llamadas a la construcción de otras sociedades.

Sousa Santos a esta cuestión.

61 En mi trabajo, *Nuevos Movimientos Globales*, obra citada.